

# LA ETICA DEL CID Y LA PEDAGOGIA MILITAR CONTEMPORANEA

por MIGUEL ALONSO BAQUER  
Capitán de Infantería del S. E. M.  
Profesor de la Universidad de Madrid

## *La pedagogía militar contemporánea.*

En los tiempos que llamamos contemporáneos, la vida europea occidental, ha conocido, por lo menos, tres tipos de formación militar que responden, respectivamente, a modelos románticos, académicos e ilustrados.

En una primera aproximación podríamos describir al militar romántico como el hombre de armas abandonado a los estímulos pasionales de una vocación guerrera, en su esencia, primitiva y sentimental. El militar romántico practica una pedagogía en la que lo decisivo es la espontaneidad.

El militar académico sería el fruto logrado por la paciente pedagogía de los centros de enseñanza militar, es decir, de una metodología educativa básicamente tradicional. El militar de Academia, pretende inscribir su nombre a continuación de otros, que, como él, entendieron que la más principal hazaña es obedecer.

Por último, el militar ilustrado sería el hombre de armas deseoso de encontrar, con relativa autonomía, una manera de ser igualmente distante de la ciega disciplina y del culto a la personalidad.

El militar ilustrado aspira a constituirse en la síntesis de tres sistemas pedagógicos: del que impone la naturaleza misma de la guerra —última razón del romántico—; del que la experiencia de los siglos ha hecho cristalizar en las escuelas de guerra —esperanza del académico—, y del que en cada tiempo ocupa a los educadores de mentalidad civil. De aquí que el militar ilustrado, cualquiera que sea el cargamento ideológico asimilado, suela obrar, más en términos

de prudente sabiduría que de entusiasta heroísmo o de abnegada disciplina.

El ardiente *guerrillero* español, el obediente *soldado* prusiano y el culto *militar* francés, podrían pasar ante la historia como las tres realizaciones contemporáneas de estos tipos militares, que, naturalmente, no siempre han estado adscritos a una sola nacionalidad ni a un período concreto de las respectivas historias. Las alternativas en la vigencia de uno y otro han sido frecuentes. No podemos decir de ninguno que haya perdido la capacidad de impresionar, en alguna medida, el futuro de Occidente.

La vigencia del romanticismo militar es expresión de una sociedad en crisis en la que las lealtades institucionales tienden a ser sustituidas por lealtades personales, normalmente encarnadas en la figura de un componente de la fuerza armada. El predominio del academismo militar suele indicar conformidad con los usos sociales.

Mucho más difícil de interpretar resulta la presencia de un núcleo importante de militares ilustrados. En sí misma no es demostrativa de un fenómeno colectivo de rebelión o de docilidad, sino sólo de un acuerdo intelectual con alguna de las minorías del país. El militar ilustrado, en períodos de integración, presta unos magníficos servicios a la sociedad. A través de él se comunican tipos de formación muy diferentes y se deshacen aparentes antagonismos. Pero si la colectividad atraviesa una crisis, es decir, si contiene sectores decididos a dividirse o separarse, la situación del militar ilustrado es dramática. En estos trances el ilustrado de profesión militar no suele ser ni escuchado ni obedecido. Las masas, desde luego pluralizadas, reclaman a gritos que alguien tome la jefatura. Las minorías, más pluralizadas aún, piden angustiosamente que se deje hablar a los maestros. El militar ilustrado, termina presenciando, por cargado que esté de razón y de buen sentido, cómo le desbordan en el seno de las instituciones militares, unas veces, los militares académicos, potenciados por el hábito de la obediencia del conjunto, y otras los militares románticos, sostenidos por la lealtad de sus partidarios.

La historia contemporánea del Occidente europeo ofrece numerosas alternativas del prestigio de las tres formas pedagógicas militares. Salvo en las contadas ocasiones en que ha privado un abrazo o un desvío totales hacia el conjunto de todas ellas, las divisiones características de nuestro tiempo —los partidos políticos, las asociaciones profesionales, los grupos de presión, etc.— manifiestan prefe-

rencias por que el ámbito militar esté determinado por un romanticismo, un academicismo o una ilustración.

*La restauración del tema del heroísmo.*

La pedagogía militar española del XIX aparece modelada por momentos académicos y por múltiples aventuras románticas que apenas dejan lugar a un efectivo diálogo entre la Universidad y los Centros de Enseñanza militar.

Godoy, Evaristo San Miguel y Arsenio Martínez Campos elaboran tres proyectos coordinadores de la formación de la oficialidad inspirados, respectivamente, por el despotismo ilustrado (Decretos de Carlos IV unificando centros) por el progresismo liberal (Decretos de la Regencia de Espartero, creando el Colegio General Militar para todas las Armas) y por el neoliberalismo de la Restauración (Decretos creando la Academia General Militar de Toledo). Pero en su contenido técnico las tres reformas responden a la influencia sobre nuestras fuerzas armadas de los éxitos de Federico II de Prusia, de Napoleón Bonaparte y de Moltke mucho más que a la ideología política de sus creadores españoles. De aquí que en el terreno de los hechos la resultante pedagógica respondiera al academicismo en los tres casos mucho más que a la ilustración por ellos pretendida.

La Guerra de la Independencia— junto a las Campañas de Ultramar— realizaba por encima de toda ponderación la prioridad del sentido romántico de la vida militar. Otro tanto ocurrió con la primera guerra carlista y posteriormente con la Guerra de Africa del 60 y la segunda guerra carlista. En sentido estricto el Ejército español llega al Desastre del 98 sin haber perfilado con rigor el rumbo definitivo de la pedagogía militar. Nada tiene de extraño que a la vuelta de las últimas campañas de Cuba y Filipinas se emprenda una revisión a fondo de los sistemas formativos y se consolide una orientación autónoma y realista que quiere evitar los males del romanticismo militar y cerrar las puertas a la desmoralización implícita en los escritores del 98.

Relativamente avanzado el nuevo siglo, Ortega en la *España Invertebrada* formularía unas observaciones sobre el Ejército y los compartimientos estancos, que están directamente relacionados con la orientación autónoma y realista de la pedagogía militar inmediata al 98. El 13 de marzo de 1913, un artículo de Ramiro de Maeztu ex-

presaba el momento psicológico de su generación con palabras cuyo significado hubiera sin duda llenado de pesimismo a los alumnos de las Academias Militares, de ser conocido por ellos.

«Buscábamos una palabra en que se comprendieran todas estas cosas que echábamos de menos. No hay un hombre, dijo Costa. No hay voluntad, Azorín. No hay valor, Burguete. No hay bondad, Benavente. No hay ideal, Baroja. No hay religión, Unamuno. No hay heroísmo, exclamaba yo, pero al siguiente día decía: No hay dinero, y al otro: No hay colaboración... Nuestras palabras se contradecían, se anulaban...».

Arranca, pues, el siglo xx de una situación más distante que conflictiva entre la mentalidad civil de los intelectuales españoles y la realidad ética que a compás con otros ejércitos europeos se iba consolidando en el nuestro ¿Suponía eso, como temía Ortega, la definitiva invertebración de España?

Las interferencias entre mentalidad civil y la ética militar han sido, sin embargo, mucho más íntimas de lo que Ortega expresaba. Tanto los pensadores como los literatos del 98 meditaron en las posibilidades contemporáneas de algún tipo de heroísmo. Proceden de Ganivet unas distinciones entre el espíritu guerrero y el espíritu militar que interesaron a Ortega y Ramiro de Maeztu, y que han merecido el comentario del escritor militar Francisco Sintés (1) «el espíritu Militar es la expresión moderna del ánimo guerrero» y no la degeneración del guerrero por el industrial como decía Spencer.

Unamuno, Baroja, Azorín, Valle Inclán y posteriormente Ortega, D'Ors, Marañón y García Morente han abominado «del viejo espíritu militante ordenancista», pero han tenido buen cuidado en afirmar, cada uno a su modo, la grandeza de figuras que empuñaron las armas (2).

---

(1) ANGEL GANIVET: *Idearium español*, pág. 47. Edit. Victoriano Suárez. Madrid, 1932.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *Ideas de castillos*, pág. 420, t. IV. *Obras completas*. «Revista de Occidente», Madrid, 1946.

FRANCISCO SINTÉS OBRADOR: *Espíritu, técnica y formación militar*, págs. 30-34. Edic. Cultura Hispánica, 1951, con prólogo de Joaquín Ruiz Jiménez.

(2) PEDRO LAÍN ENTRALGO: *La generación del 98*. España como problema. Tomo II. Edit. Aguilar. Madrid, 1956. Dice textualmente: «Soñar la sencillez de Castilla y esperar el recobro de la autenticidad perdida mediante el recurso de una acción quijotesca van a ser, en consecuencia, las dos actividades principales a que se entreguen en cuanto españoles, los hombres del 98. ¿Hasta qué punto es un azar

Por los mismos años, Max Scheler establecía el parangón entre la época actual y la época helenística de la antigüedad decadente, por ser ambas víctimas de ansias sin precedentes de caudillos (3). Recordaba más tarde, Scheler, que la importancia que los modelos colectivos tienen para los pueblos es siempre más fundamental que la preocupación por el problema de los jefes (4). «Los modelos determinan el campo de acción de nuestro querer y obrar. Amándolos nos parecemos a ellos en nuestro ser mismo».

Eugenio D'Ors, señalaba bajo el título *Espejo de Educadores* (5): «Mal maestro, quien en asignatura de autoridad, no es discípulo de combatientes» sin dejar por ello de preferir en *Aprendizaje y heroísmo* los modelos que nada tenían que ver con el ejercicio de las armas y mucho en cambio con la perfección de los oficios manuales.

Las primeras figuras de la cultura española sentían renacer en sus plumas el tema del heroísmo y ponían en tela de juicio el enérgico grito de Joaquín Costa «Hay que cerrar con siete llaves el sepulcro del Cid» para tomarlo en el mismo punto en que trescientos años atrás lo dejara Baltasar Gracián, es decir, más alertada el alma hacia el discreto que hacia el héroe.

El tratamiento del tema del heroísmo por los pensadores españoles del 98, no mostraba ninguna intención pedagógica cerca de las Academias Militares cuyos sistemas de enseñanza eran normalmente desconsiderados. Se buscaba lo que Scheler había llamado una pedagogía nacional. Sobre esta pretensión educativa es como hay que analizar la polémica de Ganivet y Ortega en torno a la posible degeneración del espíritu guerrero por el industrial, la preferencia de D'Ors por el heroísmo del trabajo, el atractivo de Azorín hacia la imagen de Castilla ofrecida por el Romancero y por Berceo y el dramático quijotismo o antiquijotismo de los prohombres de su generación. En definitiva, el proyecto de regeneración nacional angustiosamente buscado no establecía el menor lazo de unión con la realidad pedagógica puesta en acción por el profesorado de las Aca-

---

que Menéndez Pidal, hombre de esa generación, haya hecho de la Castilla originaria el tema cardinal de su egregio trabajo investigador?

(3) MAX SCHELER: *Las Causas de la germanofobia. Un examen de pedagogía nacional* Cap. V., 1916

(4) Ib.: *El santo, el genio, el héroe*. Ed. Nova. Buenos Aires.

(5) EUGENIO D'ORS: *Gnómica*, pág. 133, citado por Aranguren en *La Filosofía de Eugenio D'Ors*, pág. 237. Ediciones y Publicaciones Españolas. Madrid, 1945.

demias militares de primeros de siglo, naturalmente celoso del cuidado de una moral de combate y de una disciplina interna.

Ni siquiera Menéndez Pelayo se había interesado por ofrecer al sector militar de la sociedad un modelo sacado de la historia que pudiera estimular en sentido positivo los pasos de su formación. Menéndez Pelayo montaba la defensa del Cid al precio de desmoronar la calidad ética del campeador y de cualquier otro héroe. Pensaba el sabio santanderino que un héroe no puede parecerse a un personaje de *Flos Santorum*; que para serlo necesita haber usado y abusado de la fuerza; que le cuadran bien cierto grado de brutalidad, ciertos rasgos de carácter díscolo y altanero y que no le deshonran las estratagemas y tratos dobles porque la astucia ha madrugado en el mundo como el valor. Ulises es tan antiguo como Aquiles (6).

La España que en 1898 aparece ante los ojos de Menéndez Pidal, sufre una crisis de modelos. Cuando por fin los intelectuales se orientan hacia modelos heroicos no mirarán a la historia, sino a la literatura. La misma desesperanza que les conduce a desechar los posibles jefes del momento presente les lleva a D. Quijote, a D. Juan y a la Celestina, es decir, a personajes literarios. Los históricos ni siquiera merecieron la recomendación del gigante de la historiografía hispana.

¿Cuál será la réplica personal de D. Ramón? Menéndez Pidal media entre D. Marcelino y la generación del 98 de manera original.

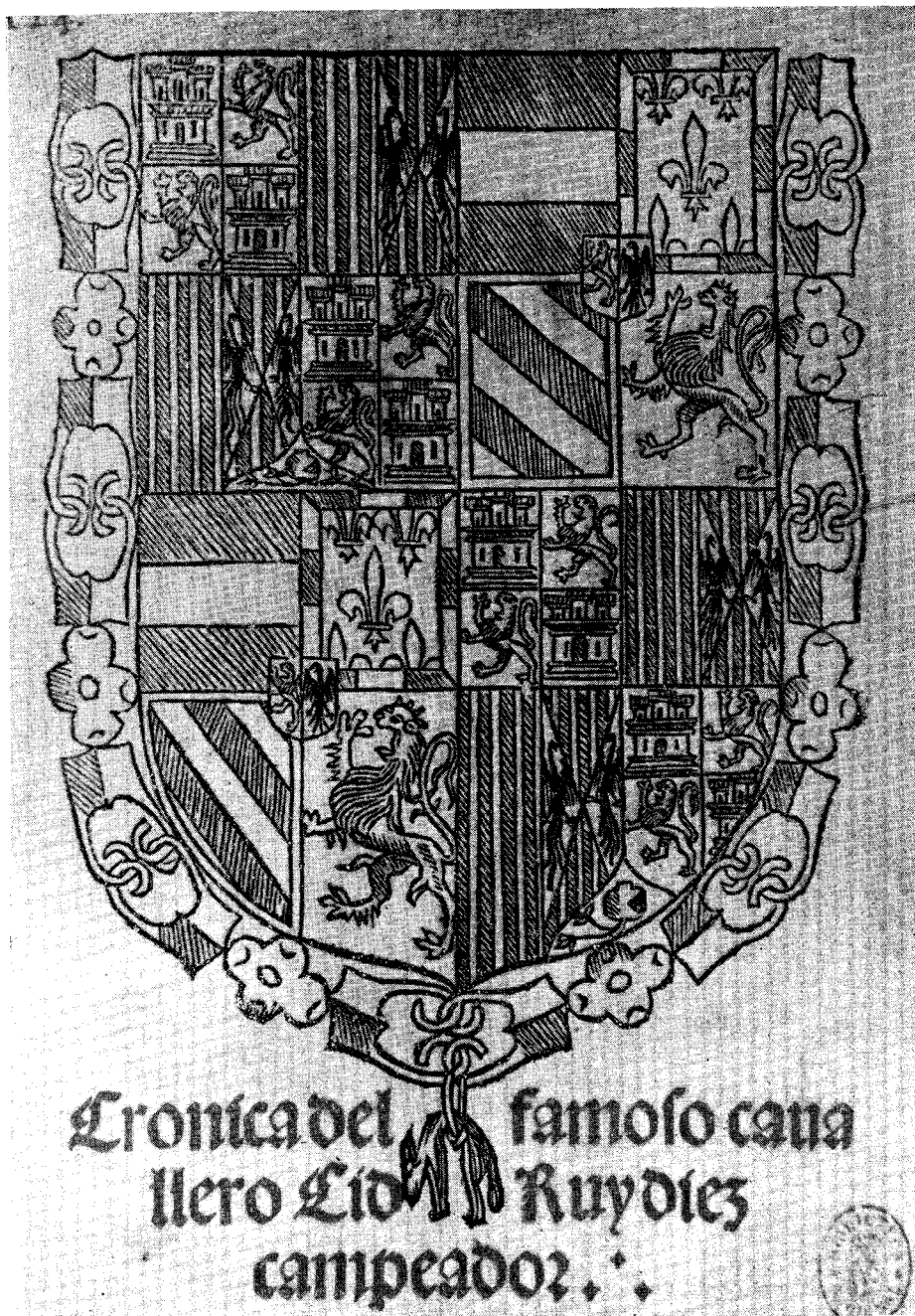
La generación del 98 no acertó a ver sino una desconsoladora Castilla (7). No es la Castilla total. En ella no cabe el Cid histórico. Menéndez y Pelayo no supo comprender que el heroísmo de inspiración cidiana reflejaba virtudes más esenciales para los españoles que las virtudes de los héroes de la mitología griega.

Menéndez Pidal, doblemente afirmado frente a su generación literaria y frente a su maestro, hacía viable, sin pretenderlo, el entronque de su programa de pedagogía nacional con la pedagogía militar española de los últimos años.

---

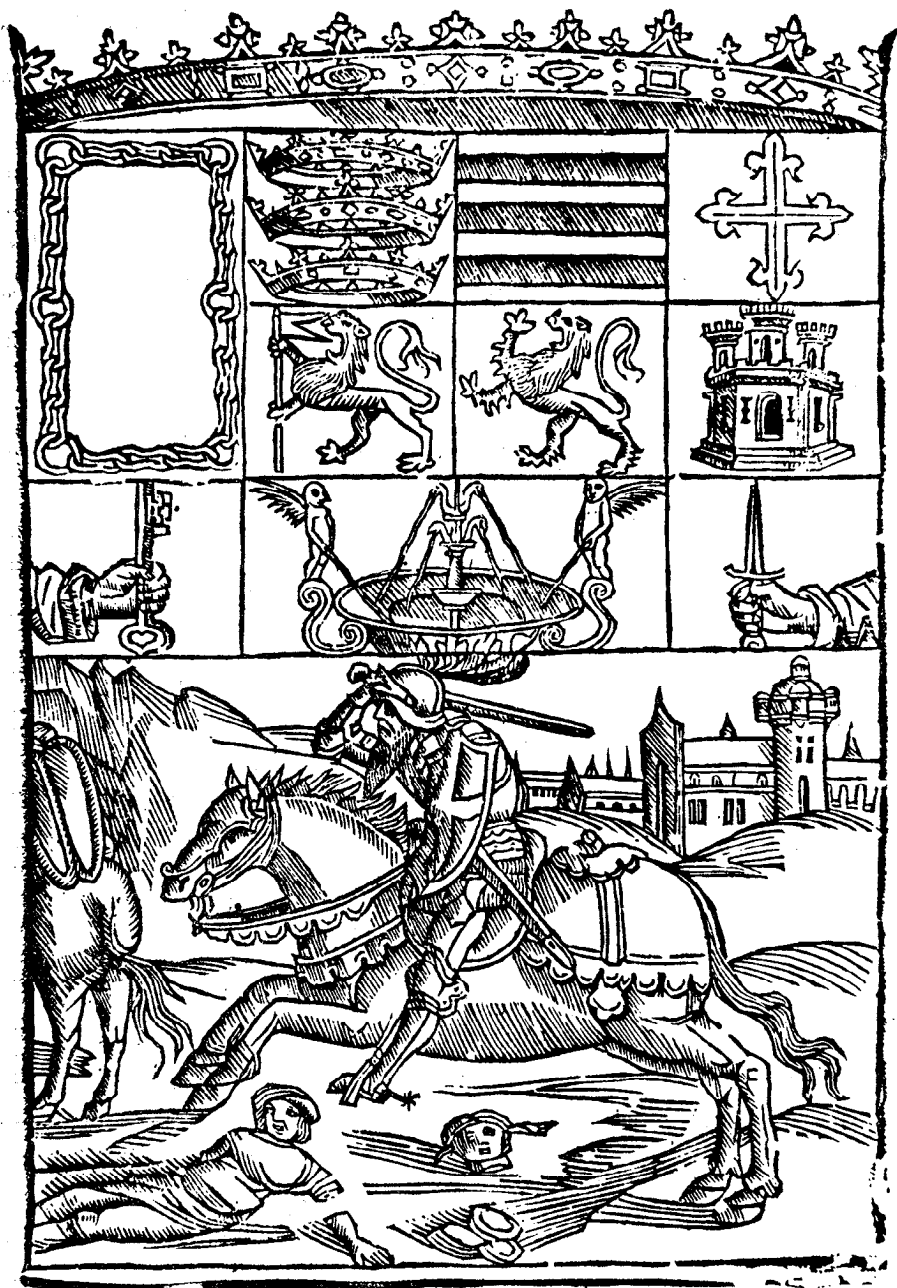
(6) RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL: *La España del Cid*, pág. 13. Espasa-Calpe. 2.<sup>a</sup> edición. Buenos Aires, 1943.

(7) *La España del Cid*, pág. 73, citado por Pedro Laín Entralgo en *La generación del 98* para mostrar el antagonismo de la visión de Castilla existente entre don Ramón y la generación del 98. Pedro Laín piensa que don Ramón extrema la discrepancia.



Primera página de la Crónica particular del Cid escrita por fray Juan López de Velorado O. S. B. Aunque se ha discutido su paternidad. Se hicieron numerosas ediciones, desde ésta primera de Burgos en 1512, hasta las de Valladolid y Salamanca de 1627. En el colofón se lee: Impresa por Fadrique Alemán, de Basilea, a costa y expensas de los reverendos Abad, monjes y convento de Sant Pedro de Cardeña, Burgos 30 de marzo de 1512. (Biblioteca Nacional R-15409.

# Cid Ruydiez Campeador.



Esta es la única ilustración que lleva la *Crónica del Cid* de 1512. En una escena arbitraria se representa la victoria del Cid sobre Abu Beker («el rey Bucar»), viéndose a éste, al modo medieval y cinematográfico, antes y justamente después de cortarle la cabeza. En la mitad superior una alegoría heráldica del Cid.



*La recuperación histórica de un héroe español.*

Menéndez Pelayo, como tantos españoles cultos de todos los tiempos y como el monje de Oña que redactó el epitafio de Sancho II, se había dejado llevar por su afición a las leyendas de Troya. No le gustó a Menéndez Pidal la semejanza entre la hermosura del rey amigo del Cid y la de París, ni entre su valentía y la de Héctor. El Cid no debía ser juzgado en función de la analogía con Aquiles o con Ulises. El Cid era el más genuino héroe español. Su ética debía tan poco a la astucia de Ulises como a la piedad de Aquiles.

Esta diferencia de actitud explica la brecha que separa la visión que del pretérito español tuvieron nuestros dos grandes historiadores. Los modelos que incitaron el espíritu de Rodrigo Díaz hacia el heroísmo fueron, por una parte, los personajes rememorados en los cantares de Fernán González de los Infantes de Lara y del Infante García, y por otra, los caudillos del primer siglo del islamismo, especialmente, Mohallab, el salvador del Iraq, en quien el Cid veía mucho de su propia vida.

«Mohallab —nos dice Menéndez Pidal— sabía vencer cuando todo parecía perdido y había padecido la envidia de los omeyas». Unos y otros modelos pertenecían a la historia tanto como el mismo Cid. La analogía con ellos respondía mucho más a una coincidencia vital que a un proceso de imitación consciente. El Cid no quiso parecerse a ningún mito helénico. Únicamente se complacía en la semejanza con otros hombres de carne y hueso, sometidos a circunstancias similares a las de su vivir (8).

El Cid —para Menéndez Pidal— no depende apenas de Almanzor en contraste con el Conde Sancho García de Castilla «hechura del caudillo árabe». «Almanzor fue uno de tantos hombres geniales en el triunfo propio, atento tan sólo a asegurar su poder, incapaz de concebir una alta política previsora. Y al desaparecer dejó tras sí la nada». El Cid selecciona sus modelos sin ofuscarse por ellos. Rechaza a los caudillos que no responden a su ideal ético. No se endiosa. Es vasallo de su pueblo y vasallo de su rey.

La admiración de Menéndez Pidal por la figura histórica del Cid constituye una novedad en la España del siglo xx. No teme la constata-

---

(8) RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL: *El Cid Campeador*. Cuarta edición. Colección Austral, pág. 206. Madrid, 1961.

tación con la que Napoleón inspira a los franceses. Más significativo que la oda de Manzoni a Napoleón le parece el canto de Ben Bassam al Cid que termina llamándole un milagro de los grandes milagros del Señor. El apotegma de Juan Rufo «catedrático de valentía» que se aplicó al emperador de los franceses debió inspirarse en el Cid. Nada se opone a que el guerrero castellano sea llamado profesor de energía. Pero sobre todo importa evitar la comparación con los héroes helénicos. El prestigio del Cid nace de la necesidad de que su pueblo sobreviva no de un afán excesivo de señalamiento individual.

«El hombre superior y necesario para todos llega a producirse, pero se ve repelido del centro donde debiera operar... con resentido despecho le rechazaron... El Cid no reacciona ni con el desaliento, ni con el rencor, como Aquiles, el otro héroe heleno desestimado que se retira a las tiendas de la inacción y desea el desastre de los que le desconocen». «Muy lejos de creer que toda la vida ambiente no tiene otro fin sino preparar el advenimiento del superhombre, siente que nada es la más fuerte individualidad del hombre, sin el pueblo para el cual vive». (9).

Los párrafos copiados contienen numerosos rasgos demostrativos de la originalidad de la actitud de Menéndez Pidal en el ambiente cultural de la España Contemporánea. Es oportuno relacionarla con la fecha de 1929 tan propensa a los mesianismos nacionales y tan expresiva de la crisis económica más violenta de los tiempos modernos. No parece que Menéndez Pidal piense sólo en Aquiles o en Homero, su creador. Las alusiones al resentimiento y al superhombre obligan a considerar que la sombra de la obra de Max Scheler *El resentimiento en la moral* es utilizada contra tantos españoles que habían cedido a la voluntad de poder de Nietzsche a partir de la crisis de 1898.

Menéndez Pidal defiende también al Cid de otras comparaciones heroicas, más peligrosas para él porque radican en su proximidad, extraídas, una, de los tiempos medievales (Carlomagno) y otra, del pasado hispánico (Hernán Cortés).

Nos hallamos a cien leguas del Carlomagno que en el Roland exige a fuego y espada la conversión de los sarracenos.

El Cid —nos recuerda en otra parte—, no hubiera tolerado como Hernán Cortés, cuando militaba a las órdenes de Carlos V, el que se

---

(9) *El Cid Campeador*, pág. 290.

prescindiera de su presencia en el consejo de guerra que tomaba las decisiones (10).

«Podemos con esto apreciar bien la significación de este héroe medurado y tolerante, escogido como guía ejemplar en una nación donde violencia y tolerancia pudieran parecer algo consubstancial, y en realidad no son sino lamentable decaimiento de sus mejores ideales» (11).

Menéndez Pidal no se limita a comunicar a los españoles la grandeza moral del Cid. Le escoge como guía ejemplar de una nación que si pensara exclusivamente en el Quijote o en Hernán Cortés correría el riesgo de ser configurada por modelos más distantes que el Cid de los mejores ideales de comunidad hispánica.

«La noble ética del desterrado de Vivar, fue, pues, una de las principales causas por las cuales hubo de ser contada» (12).

Con esta conclusión, que no niega la condición guerrera del Campeador, deja Menéndez Pidal contestada una pregunta que la memoria de D. Marcelino le obliga a formularse en el capítulo I de *La España del Cid*:

¿Debemos creer con Menéndez Pelayo que el Cid, si fue un tipo heroico, lo fue a pesar de tantos defectos morales, y aún a causa de ellos?

### *La ejemplaridad para el momento presente.*

Menéndez Pidal no ve contradicción alguna entre el héroe genuino de Castilla y la ética más noble que en su tiempo pudiera concebirse.

La ética del Cid, recuperada para España, al mismo tiempo que la biografía del héroe, por el titánico esfuerzo del historiador y ofrecida como ejemplar, abre, quedamente, sin alardes, una nueva etapa en la estructura y en el contenido del *ethos* del militar contemporáneo.

Menéndez Pidal es el primer estudioso de la España contemporá-

---

(10) *La España del Cid*, pág. 447.

(11) *Ib.*, pág. 465.

(12) *Ib.*, pág. 467.

nea que hace posible la abertura hacia el mundo militar del espíritu creador que alentaba en la aventura pedagógica nacional iniciada el 98 (13).

Hasta *La España del Cid* el regeneracionismo español había vivido de espaldas a modelos nacionales implicados en empresas bélicas. El sector más decididamente tradicionalista, al que normalmente correspondía la restauración de las constantes históricas de lo español, montaba guardia en torno a la defensa de la Contrarreforma. Los hombres del 98 se enzarzaban en discusiones sobre el quijotismo y el donjuanismo y rememoraban una Castilla nada cidiana incapaz de estimular una acción ilusionada. Los grandes historiadores del momento, tendían a iluminar las causas de la decadencia mucho más que a descubrir el origen del engrandecimiento. Sólo Menéndez Pidal, es consciente de que la España contemporánea tiene concertada una cita con el pretérito cidiano.

A Menéndez Pidal le urge que los españoles conozcan a fondo los nobles rasgos de la ética del Cid. Coincide con Unamuno en la crítica al viejo espíritu militante ordenancista. En ningún momento afirma, sin embargo, que fuera genuinamente español. Está de acuerdo con Valle Inclán en que los españoles empeñados en remedar a los héroes clásicos son figuras de espertento. Comulga con el deseo de su generación de que el hombre necesario sea muy poco helénico. No comparte ni el exclusivo entusiasmo de Unamuno por las gestas populares y defensivas como Covadonga, Roscesvalles y Bailén ni la visión barojiana del Cid como el hombre de la prestancia. Menéndez Pidal tiene la fe en el héroe esplendente y personal de mesurada energía, que falta en sus compañeros de generación.

No pensaba Menéndez Pidal ofrecer su obra, en particular, a los hombres de armas de su tiempo. Escribe con el pensamiento puesto en todos los hombres de España y visiblemente satisfecho porque el autor del Poema sustituyera la imagen del Cid dibujada en la Historia Roderici, ora como fortísimo guerrero dotado de acierto invencible, ora como leal vasallo, por otra imagen más humana, en la que resplandece la gran benignidad del vencedor para los moros y la nota entrañable del amor familiar.

Sin esta preferencia del juglar de Medinaceli, es seguro que Me-

---

(13) Maeztu, D'Ors y García Morente serían, años después, los tres intelectuales de cuya comprensión hacia la pedagogía militar contemporánea habrían de esperarse los mejores frutos.

néndez Pidal no hubiera penetrado en la espiritualidad del Cid con tan admirable empeño.

El gran pedagogo nacional que *La España del Cid* revelaba no se proponía elaborar a partir del modo de ser del Cid, el carácter heroico, sino sólo *un* carácter heroico.

«Nuestro mayor interés estará en mirar de cerca un héroe, el último héroe, que se halla en el umbral de las edades heroicas, sabiendo de ellas para entrar en las históricas» (14).

Al reconstruir para el presente un personaje que vivió a caballo entre la epopeya y la historia, en un momento culturalmente definido por el abandono de posiciones abstractas e idealistas, aportaba una fenomenología concreta del estilo heroico español.

Preocupa a Menéndez Pidal la acusación de haber fomentado con su libro el regreso de España a la primitiva edad heroica. Esta interpretación invalidaría al Cid para los tiempos presentes. De aquí que le llame el último héroe.

«El Cid de la poesía, como héroe tardío, ostenta igualmente esa moderación, gran virtud del tipo caballeresco, que sucede al tipo heroico de los tiempos primitivos y la ostenta como carácter constante». «El último perfecto caballero, don Quijote de la Mancha, juzga también y decide en derecho con acabado conocimiento de sus leyes» (15).

Elemento fundamental de la actitud adoptada por el autor de *La España del Cid* al editarla por vez primera, es la reiterada adjetivación de últimos que aplica al Cid y al Quijote.

¿Es posible conciliar la ultimidad del Cid con la cualidad que Menéndez Pidal define, no sólo el carácter heroico del Cid, sino todo heroísmo, es decir, con una ejemplaridad inagotable? A mi entender, tal ejemplaridad no se contradice con la afirmación de que nuestro héroe y nuestro caballero modélicos, sean respectivamente, los frutos tardíos que en su especie ha aportado la historia universal.

Menéndez Pidal al llamar últimos al Cid y al Quijote les llama, por una parte, excelentes, depurados, sabrosos, y por otra, los más próximos al presente, los más pletóricos de ejemplaridad. Es decir, los menos amenazados del olvido y los más útiles.

«El héroe no lo es por la permanencia de sus conquistas, o de sus construcciones. En esto le puede superar cualquier modesto gene-

---

(14) *La España del Cid*, pág. 445.

(15) *Ib.*, pág. 462.

ral o magistrado, a quienes toca ejecutar empresas que, como por sí solas, se realizan de maduras... El héroe lucha por realidades lejanas, rebeldes, en perenne reiteración de conflictos que él no deja resueltos para siempre y debe ser medido únicamente por el valor energético de su esfuerzo y por el guionaje que ejerce sobre los que han de afrontar esos conflictos en su futuro reaparecer. Esa es la duración de su obra, la duración de su ejemplaridad» (16).

En la *Moralizatio* final de *La España del Cid*, Menéndez Pidal es todavía más contundente. «La ejemplaridad del Cid puede continuar animando nuestra conciencia colectiva... Siempre la vida histórica del héroe puede ser ejemplo que nos haga concebir la nuestra como regida por un deber de actividad máxima, de justicia constante, de mesurada energía; siempre requerirá de nosotros esa heroicidad oscura, anónima, diaria, única base firme del engrandecimiento de los pueblos y sin la cual el heroísmo esplendente no tiene base; siempre nos mostrará los más seguros rumbos de la ambición personal hacia los ideales colectivos del grupo humano a que estamos ligados, dentro del cual nuestra breve vida recibe un valor de eternidad» (17).

#### *El modelo heroico de Max Scheler.*

Menéndez Pidal ha encontrado vertebrados en la figura histórica del Cid, ingredientes románticos, como el deber de actividad máxima, ingredientes académicos, como el deber de mesurada energía e ingredientes ilustrados, como el deber de justicia constante. Asimismo ha acertado a reunir en una preciosa síntesis de ética hispana los afanes de heroicidad oscura, anónima y diaria, con el heroísmo esplendente. La síntesis ha sido posible porque procede de un personaje histórico concreto y no del desarrollo especulativo de unos conceptos morales.

Menéndez Pidal sustituye el academicismo de una tabla de virtudes por un modelo humano. La doctrina pedagógica de D. Ramón se nutre de la misma esencia que hizo escribir a Ignacio de Loyola la meditación de las dos banderas y la del rey terrenal de sus Ejercicios.

Pero sobre todo, Menéndez Pidal ha dejado escritos los rasgos de una teoría moderna del heroísmo oportuna para su pueblo. Siem-

(16) *La España del Cid*, pág. 464.

(17) *Ib.*, pág. 471.



**Crónica del muy  
esforçado caualle  
ro el Cid ruy diaz  
campeador.**

Portada de la edición de la Crónica del Cid publicada en Sevilla por Jacobo Cromberger, terminada de imprimir el 25 de octubre de 1525. (Biblioteca Nacional R-26575).

rō enl mar q̄ en la batalla : pero se hallarō muertos en el cāpo  
doze mill ⁊ muchos catiuos / étre los q̄les fueron . xvij. reyes  
p̄fos. y el cid se boluio victorioso a su ciudad ⁊ mando coger  
el cāpo en q̄ ouo tiendas ricas ⁊ tanto oro y plata en pasta ⁊  
rieles y moneda monedada ⁊ tantas joyas ⁊ piedras y plas  
y cauallos ⁊ armas y ropas d̄ diuersas maneras que es cosa  
muy dura de creer a quiē no lo vido. Lo qual hizo llevar to  
do a valécia : ⁊ allí lo repartio muy biē con todos los q̄ gelo  
ayudaron a ganar : haziēdo yguales partes a los q̄ allí mu  
rieron con los biuos. Et tan grande fue la riq̄za q̄ allí se ouo :  
q̄ el mas pobre de los d̄l Lid q̄do rico. E ouo el cid d̄ su q̄nto  
ocho ciētos cauallos ⁊ mil ⁊ dozietes moros sin el oro y pla  
ta ⁊ joyas. E dio el cid a los ifantes dos mil marcos de plata.  
E cō todas las honrras ⁊ bienes q̄ el cid les hizo nūca su mal  
uado p̄posito oludaron segū q̄ adelante se dira.

**Ca. xl. de la licēcia q̄ los ifantes  
de carrío demādarō al cid pa llevar sus mugeres a castilla.**



c li

El capítulo de la Afrenta de Corpes, en la Crónica de 1525, con un grabado ingenuo y expresivo.



pre prudente y circunspecto ha tomado cuenta de la enseñanza de Scheler. «El héroe sólo es héroe dentro de su pueblo y dentro de una corriente histórica que está ligada por una tradición viva».

Además del héroe específicamente germano o dualista, que unas veces cede al instinto y otras a la voluntad espiritual (Sigfrido, Bismarck) del héroe latino, superactivista y agresivo (duque de Alba) y del héroe eslavo, unilateralmente ascético y trágico (Kutusow), que son los modelos propuestos por Scheler, ofrece Menéndez Pidal un héroe hispano capaz de poner en equilibrio instinto y voluntad espiritual.

El Cid debe ocupar en el esquema de Max Scheler un lugar de privilegio entre los héroes estadistas, cuya meta es exclusivamente el progreso y el bienestar de su propio pueblo «el hombre oportuno en el momento oportuno». Los conceptos que Scheler juzga característicos de este modelo heroico son en todo análogos a los que Menéndez Pidal certifica en el Cid histórico: la responsabilidad consciente ante Dios, ante el espíritu del pueblo que gobierna y ante el futuro de la humanidad como complejo solidario, la seriedad ética, la sujeción a la idea majestuosa del derecho y al orden jerárquico objetivo de valores, el placer y el arte del juego en la técnica, el placer del juego de tipo heroico, en el deporte, la lucha, el torneo, etcétera...» (18).

El modelo heroico de Max Scheler, que está presente en la obra de Maeztu, de García Morente, de Ortega y de D'Ors, alienta también en los textos de moral militar que por entonces inspiran a los profesores de las Academias Militares.

Desde la visión unitaria de la formación militar ordenada por Martínez Campos, el creador de la Academia General Militar de Toledo, prontamente reemplazada por el pluralismo liberal de las reformas de López Domínguez, hasta el nuevo unitarismo decretado por don Miguel Primo de Rivera, el fundador de la Academia General Militar de Zaragoza, sustituido a su vez por el pluralismo implícito en las reformas de Azaña, se produce en la pedagogía castrense una profunda evolución. La formación matemática cede su lugar de privilegio a la formación táctica y humanística. La psicología y la historia presionan sobre la ética profesional que tiende a centrarse sobre tres ideales prácticamente inéditos en el siglo XIX: la

---

(18) MAX SCHFLER: *El santo, el genio el héroe*. Editorial Nova. Buenos Aires, págs. 94 y 95.

imitación de los grandes capitanes, la asimilación de concepto de guerra de liberación ya descrito por Scheler (19) y la aceptación de los métodos del protectorado como antitéticos a los del colonialismo. Este último ideal que como tal fue sentido, se inspira en el practicado por el Cid durante el Gobierno de Valencia (20).

Fruto de la línea pedagógica iniciada por Martínez Campos —no podemos olvidar el sentido de sus gestiones diplomático-militares en Cuba y Marruecos, por otra parte acordes con la concepción histórica de Cánovas del Castillo—, es el rumbo adoptado por el equipo militar de historiadores del Cuerpo de Estado Mayor que en 1931 tenía prácticamente terminadas dos obras decisivas, una Geografía de Marruecos y los tres tomos de Acción de España en Africa.

En 1935 se publica por el Estado Mayor Central el primer tomo de *Acción de España en Africa*. Aparece documentado por numerosas obras de autor extranjero. No faltan referencias a los medievistas españoles como Menéndez Pidal, pero lo más significativo es la aceptación entusiasta de las tesis del arabista Asín Palacios alusivas a la posibilidad de emprender una obra cultural conjunta hispano-marroquí (21).

La obra de la Comisión Histórica es un estudio de raíz cultural no específicamente consagrado a la historia de las operaciones militares. El contraste con la obra de Gómez Arteché sobre la Guerra de la Independencia y con otras publicaciones oficiales del siglo XIX,

---

(19) ORTEGA Y GASSET: *El espectador en Obras completas*. Tomo II, pág. 193, «Revista de Occidente». Contiene un extenso comentario sobre *El genio de la guerra y la guerra alemana* de Max Scheler, 1915, pág. 180, que a su vez fue comentado por el escritor militar Francisco Sintes para establecer el contraste entre la fórmula inglesa de Ejército marginal al Estado y la fórmula alemana de Ejército columna vertebral del Estado.

(20) *El Cid Campeador*, pág. 281. «El Cid... estableció su protectorado sobre la apetecida y fraccionada zona levantina y lo mantuvo con el más tenaz esfuerzo».

(21) *Acción de España en Africa*, segunda publicación de la Comisión Histórica de las Campañas de Marruecos. Tomo I. «Iberos y Bereberes». Madrid, 1935. El propósito de la Ponencia es «hacer resaltar sucesos acaecidos en el Norte de Africa que hayan ejercido influencia notoria en la vida o en los destinos de los pueblos de Europa, refiriéndolos no como producto de nuestra investigación, sino como resultan de la lectura contrastada de los historiadores de más crédito». «Los norteafricanos de nuestra zona de influencia recordando las vicisitudes comunes, comprobarán que el Protectorado español no es una imposición arbitraria ni un artificio para dominarles.»

Los tomos II y III fueron editados en 1941 por el Servicio Histórico Militar bajo los títulos *Cristianos y Musulmanes de Occidente* y *El Reparto de Africa*.

especialmente las dedicadas a las guerras carlistas, es grande sobre todo en cuanto se refiere a la bibliografía utilizada.

El modelo heroico de Max Scheler, las ideas sobre el genuino heroísmo español de Menéndez Pidal y el rumbo integrador de culturas reemprendido por el centenar de oficiales del Ejército, que estudia árabe en Marruecos al abrigo del concepto de protectorado, operan simultáneamente en la pedagogía militar de aquellos años, especialmente en la Academia General Militar de Zaragoza. Las técnicas educativas de este centro —ejercicios tácticos, marchas, reconocimientos del terreno, estudio de la geografía y de la historia— apuntan, sin plena conciencia del modelo cidiano, a una formación humana rigurosamente enraizada en la realidad

*La última edición del Tratado del Esfuerzo Bélico Heroico.*

Para conocer cuáles han venido siendo los focos inspiradores de la pedagogía militar española sería útil considerar brevemente el proceso de la cidofilia o cidofobia de los tratadistas más implicados en la formación moral de los mandos.

Es particularmente clara la influencia de la ética del Cid en el Código moral de las *Siete Partidas*. Un escritor militar contemporáneo, José María Gárate Córdoba, burgalés de nacimiento y profesor de Academia, ha coincidido con Menéndez Pidal en la valoración positiva de esa influencia (22). Pero a partir del siglo xv la memoria de Rodrigo Díaz parece enflaquecer a la luz de los textos de moral militar, excepto durante el período de intervencionismo militar abierto por Godoy en 1792, en que asoma sensiblemente deformada.

Cuando el Dr. Palacios Rubio escribe su *Tratado del esfuerzo bélico heroico* para instrucción y guía de su hijo primogénito Gonzalo Pérez de Vivero, que había seguido la carrera de las armas, no se acuerda apenas de la figura del Cid. Prefiere tomar casi todos los ejemplos de la antigüedad clásica y de la Sagrada Escritura (23).

Palacios Rubio, como recordaba el catedrático de la Universidad Central D. Eloy Bullón en su libro *El doctor Palacios Rubio y sus*

---

(22) JOSÉ MARÍA GÁRATE CÓRDOBA, *Espíritu y Milicia en la España Medieval*. Publicaciones Españolas, Madrid, 1967, y *Las huellas del Cid*. Aldecoa. Burgos, 1955. *Estudio sobre la Partida Segunda*, pág. 265 y siguientes de *Espíritu y Milicia*.

(23) DR. PALACIOS RUBIO: *Tratado del Esfuerzo bélico heroico*. «Revista de Occidente». Madrid, 1941



**Crónica del muy  
efforçado cauallero el Cid  
ruydiaz campeador,  
1546.**

Primera página de la *Crónica del Cid* de 1546.

*obras* (1927), fue constante y leal consejero de la Reina Católica, quien le concedería carta de hidalguía. Debe considerársle un jurista y un pedagogo especializado en temas tales como la libertad de los indios —fue miembro del Consejo de Indias—, la justificación jurídica de la conquista de Navarra —fue embajador extraordinario cerca del Papa Julio II— y la ordenación política inmediata a la derrota de los comuneros —fue, asimismo, consejero del joven emperador—. Pues bien, aun siendo decidido partidario del combate a la usanza medieval y caballeresca y experto consejero en problemas íntimamente relacionados con los que tuvo que afrontar el Cid, no recuerda de él sino que venció sólo a catorce caballeros para liberar a Sancho II.

Lo grave de la cita es que figura en un apartado que lleva por título «Repreensible es la osadía» y que se omite en ella el doble juego de frases de Sancho II y de Rodrigo Díaz recogidas por Menéndez Pidal para mostrarnos al Campeador completamente al margen de toda fatuidad.

El episodio de los catorce caballeros que llevan preso a Sancho II, según Menéndez Pidal, resalta la modestia y eficacia del héroe en contraste con el orgullo y desventura del monarca. Sancho dice antes del combate: «Mi lanza valdrá por mil caballeros y la de Rodrigo Campeador por ciento». Pero Rodrigo ataja: «Yo por mí, sólo afirmo que combatiré bien con un caballero, y Dios dirá después». El *Poema del Cid*, elogia, cuando por fin Rodrigo Díaz libera al rey preso tras catorce luchas individuales, lo contrario que elogia Palacios Rubio, quien concluye que la osadía sólo puede perdonársele al hombre excepcionalmente esforzado.

La edición de la Revista de Occidente contiene un prólogo de José Tudela, fechado el 24 de junio de 1941, especialmente instructivo para establecer la cronología de las sucesivas ediciones del *Tratado del esfuerzo bélico heroico*: 1) noviembre de 1524; 2) finales de 1616 y 3) 1793 (dedicada a D. Manuel Godoy por el jerónimo del Escorial Fray Francisco Morales). Esta última fecha es inmediata a la del descubrimiento por el P. Rico en la biblioteca de San Isidoro de León de la Historia Roderici (1793) y sigue en muy poco tiempo al descubrimiento por Sánchez del *Poema del Mio Cid* (1779).

Estos años señalan el despertar de las cidofobias contemporáneas del jesuita Masdeu (1805), de Dozy (1849), de Lafuente (1851) y de Ballesteros (1920).

No puede extrañar que la Comisión Histórica del Cuerpo de Es-

tado Mayor en Marruecos —heredera de la tradición estudiosa de la Sección Histórica del Depósito de la Guerra, insinuada desde las Apuntes de Blake (1810), para la creación del Cuerpo de Estado Mayor—, mantuviera hacia la figura del Cid la actitud distante que venía indicada por las obras de Gómez de Arteche, de Almirante, de Martín Arrué y de la generalidad de los tratadistas militares del XIX (24).

Los geógrafos, los estrategas y los historiadores del Cuerpo de Estado Mayor, a la vista del carácter de las campañas de Marruecos, buscan en los más prestigiosos intelectuales del momento una explicación de las peculiaridades del estilo militar español, ya que evidentemente no se ajusta a los modos bélicos del Occidente europeo. Con ello se abre una nueva etapa de ilustración militar que necesariamente habría de producir un encuentro con la interpretación menéndezpidaliana del genuino héroe español que fue el Cid, Tres expresiones lapidarias de Menéndez Pidal hacían más efusiva la recuperación de lo medieval para la pedagogía castrense: España, eslabón del Islam y la Cristiandad, las constantes históricas de lo español y la idea imperial de Carlos V.

### *El monumento burgalés al Cid.*

Tuvo que ser el General Thiebault, gobernador francés de Burgos, durante la Guerra de la Independencia, quien buscara, nada más hacerse cargo de su mando, el sepulcro del Cid porque consideraba que debía rendir homenaje al Bayardo español.

José María Gárate Córdoba ha puesto de relieve en numerosos artículos la historia de los traslados de los restos del Cid y de las primeras piedras de sus presuntos monumentos, cuyas autorizaciones datan de Felipe II en 1596. El propio Gárate en *Las Huellas del Cid*

---

(24) JOSÉ ALMIRANTE: *Diccionario militar*. Ed. Depósito de la Guerra. Madrid, 1869. «En el largo paréntesis de la civilización o en su sombría transformación de pagana en cristiana, que se llama Edad Media, la disciplina militar no existe realmente, puesto que no existe ejército tal como los romanos y nosotros lo entendemos. Por lo que respecta a España, este período tenebroso, repartido entre los godos y los árabes, no da en punto a disciplina, la menor luz o enseñanza».

En cambio, Sintés, Coronel de Artillería del Servicio de Estado Mayor, dice: «Resulta evidente el acusado paralelismo de vida entre estos dos héroes hispanos: «Trajano y el Cid». Sintés en 1951 inserta al Cid en la tradición militar romana. Actualmente dirige la Academia de Artillería de Segovia.

describe la ceremonia de la piedra en 1905 cuando ya habían sido reservados viejos cañones de bronce para el mausoleo. También en Burgos fue oscuro el XIX para el Cid.

No hay en todo el proceso del homenaje nacional al héroe castellano un año tan significativo como el de 1921.

El 9 de febrero, el Cardenal don Juan Benlloch y Vivó, valenciano de nacimiento y Arzobispo de Burgos, anuncia solemnemente: «Dentro de pocos meses al conmemorar el centenario de la Catedral rendiremos homenaje a los héroes de la Religión y de la Patria. Ambas heroicidades se funden y se encarnan en la figura del Campeador».

El 21 de julio, día especialmente radiante y luminoso, se produce la llegada a Burgos de Alfonso XIII. El Duque del Infantado, Conde del Cid, preside el grupo de descendientes de los Caballeros del Campeador. Durante una semana toda la prensa burgalesa se había saturado de editoriales y crónicas alusivas al Cid.

Alonso Cortés, Ramiro de Maeztu, Blanco Belmonte y Alberto de Segovia, firman una y otra vez magníficos cantos a la figura del Campeador. Por el escenario del Teatro Principal pasaron Menéndez Pidal, Vázquez de Mella, Lampérez, Salvá y Jiménez de Ventrosa. El traslado de los restos del Cid a la Catedral resultó impresionante.

Por la tarde, en la corrida de toros conmemorativa de la efeméride, Alfonso XIII recibe la primera noticia del desastre de Annual. Eran las cinco y cuarto de la tarde.

La anécdota, en sí misma no tiene especial significado pero constituye un exponente de cómo la vida histórica española se iba vinculando al espíritu cidiano, tanto más intensamente cuanto más generalizada se hacía la conciencia de una crisis nacional.

Después de 1939, Burgos se propone la erección del monumento al Cid. En 1943 la Junta del Milenario de Castilla acepta el donativo de unos viejos cañones que le hace con este objeto el General Dávila, Ministro del Ejército, y encarga al escultor granadino don Juan Cristóbal el diseño de la estatua del Campeador.

Azorín, incorporado al coro de admiradores cidianos, se preocupa por la fidelidad del monumento al espíritu del héroe. Se siente particularmente atraído por la idea del grabado que Pellicer puso en 1882 a la primera página de *La Leyenda del Cid*, de Zorrilla. Azorín veía al Cid «recio, fornido, las facciones abultadas, cruzados los

brazos sobre el pecho. La actitud de hombre que espera, no de hombre que desafía».

Menéndez Pidal no quiere que falten seis relieves escultóricos referidos a otras tantas estrofas del *Cantar*, entre las que es la primera ¡Dios que buen vasallo — si oviese buen Señor!

Martínez Burgos, propone que en el grupo escultórico no falte la alusión a D. Ramón: Un pedestal formado por cinco tomos gigantes y macizos, los del *Cantar* y *La España del Cid*.

### *La bibliografía militar sobre el Cid.*

Los historiadores y los tratadistas militares decimonónicos apenas cultivan la biografía de caudillos pretéritos. Domina a los más estudiosos el afán por el análisis de las campañas recientes. Pero a partir del primer tercio del siglo xx no puede negarse la introducción en el mundo militar de formas pedagógicas orientadas hacia el aprecio de los héroes históricos.

El artículo aparecido en el número extraordinario de la «Revista Mio Cid» (1941), del General don Antonio Aranda entonces Director de la Escuela Superior del Ejército. «La personalidad militar del Cid», responde a la más pura pedagogía militar contemporánea en su esquema y en su contenido.

Describe primero Aranda el ambiente en que se desarrolló el Cid —momento repoblador, por entonces explicado por Sánchez Albornoz—, sigue después analizando, con especial delectación, el abultado número de los efectivos del Cid. Nos presenta al héroe como hombre capaz en todas las modalidades del combate y como experto en conocimientos geográficos. El itinerario que el propio General Aranda había seguido en la Guerra de Liberación para asomarse desde Teruel al Mediterráneo coincide plenamente con una campaña del Cid, cuyo resultado estratégico —el abandono por el enemigo de Sagunto, sin ofrecer resistencia— sería también análogo.

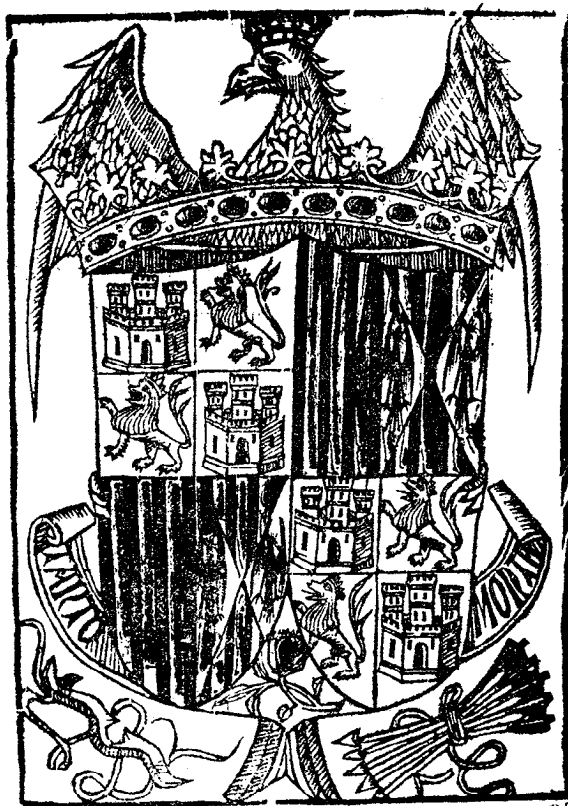
De aquí pasa Aranda a lo que parece interesarle más, la presentación del Cid como modelo para los mandos superiores modernos. No sólo tuvo valor personal—lucha contra quince lanzas en Golpejera— (añade una lanza a las contadas por Palacios Rubio), sino que resulta buen político y perfecto organizador de un protectorado.

Elogia Aranda la escasa habilidad del Cid para andar entre cor-



# Chronica

## DEL FAMOSO CAVALLERO CID RYDIEZ. CAMPEADOR.



CON LICENCIA ARCHIVO FACULTATIVO  
EN BURGOS. DE  
Artilleria

En la Imprimeria de Philippe de Junta y Juan  
Baptista Varefio. 1593.

*Es de el Coll. de la Comp. de Jesus de Palencia.*

Primera página de la *Crónica Particular del Cid*, edición burgalesa de Felipe de Junta y Juan de Varefio en 1595. En el interior lleva el mismo grabado que la edición de 1512.

(Servicio Histórico Militar: Museo de Literatura Militar.)

tesanos sin mengua de la lealtad al rey y su estrecho vínculo con los soldados y con su pueblo, rememorando así las dos cualidades básicas que los reglamentos exigen al oficial de Estado Mayor, lealtad al jefe y amor a las tropas.

La conclusión de Aranda es expresiva de la admiración que el Cid le merece «Nada debemos esperar de la copia servil de los modelos extranjeros. Debemos cultivar esmeradamente nuestro propio jardín».

Entre 1940 y 1960 la biografía militar sobre el Cid se intensifica. En todo el siglo XIX sólo hemos encontrado un artículo del coronel de Artillería, Mariátegui, titulado *La Colada y la Tizona* (25).

Pero la más permanente dedicación al tema cidiano de una pluma militar corresponde, sin duda alguna, al autor de *Las Huellas del Cid* y de *Espíritu y Milicia de la España Medieval*. Es José María Gárate Córdoba, teniente coronel de Infantería del Servicio Histórico Militar y varios años profesor de la Academia General Militar de Zaragoza.

*Espíritu, técnica y formación militar* de Francisco Sintés, es testimonio de una dedicación muy señalada por parte militar a las enseñanzas de Menéndez Pidal. Pero ni este libro, ni las frecuentes alusiones al Cid de mi obra «La religiosidad y el Combate» (Intermedio, El Militar y la historia. Madrid, 1967) y de mis artículos de Reconquista (*Revista del Espíritu militar español*), especialmente el número XII, de la colección Señor y Maestro «El guerrero de Castilla y la Iglesia militante» publicado en 1962, significa un auténtico

---

(25) «Revista científico-militar», 1887.

En 1949 aparece en la «Revista Ejército» el artículo de José Muñoz Gutiérrez *Ruiz Díaz el Cid*. (Número de noviembre). En 1944. El teniente coronel de Artillería Sebastián Sempere (9 de mayo), pronuncia la conferencia *Las Campañas del Cid* que el Servicio Histórico Militar edita en 1947. En marzo de 1946, el teniente auditor D. Manuel Alonso Alcalde escribe en la «Revista de la Oficialidad de Complemento» *Arte de guerrear en el Poema del Cid*. En 1948, en «Ejército» (número de enero), el capitán Antonio Bardaji López publica *Notas sobre la bibliografía del Cid*. En el número de diciembre de 1952 Albert Fernández publica *La leyenda de la hija del Cid no es verdad*. En 1955 el Teniente General Alcubilla, Capitán General de Burgos, sobre la firma (*Un militar*) traza un *Perfil militar del Cid* en el «Boletín de la Instrucción Fernán González», año XXXIV, número 132, tercer trimestre. En 1956 (núm. de abril de «Ejército»), el capitán Gascón completa un buen estudio fotográfico *El Cid en la batalla de Gebralcobra*. Bienvenido Moreno Quintana y Angel Ruiz Ayúcar, en la «Revista Apéndice» se ocupan, respectivamente, de *El Cantar del Mio Cid* y *El arte de mandar y obedecer en el Poema del Cid*.

co diálogo con Menéndez Pidal en torno a las fuentes históricas por él utilizadas.

Sintes establece en el capítulo VII *El ejemplo militar hispano*, un paralelismo entre el Prólogo de Menéndez Pidal a la España Romana y la España del Cid que le conduce a calificar al acabado estudio del carácter heroico del Cid como una teoría no deliberadamente pretendida sobre las virtudes fundamentales del heroísmo. Por mi parte, en una dirección crítica de tipo religioso, he incorporado al pensamiento militar muchas ideas de Menéndez Pidal para concluir que el Cid reúne unas condiciones distantes del ideal homérico y del ideal estoico y deudoras de la espiritualidad de Berceo.

El caso de Gárate es diferente. Así lo reconoció don Ramón en carta personal (26).

¿Qué es lo decivo de la aportación de Gárate? El punto de partida de *Espíritu y Milicia en la España Medieval*, publicado después de la fecha de la carta citada, es el siguiente: «Menéndez Pidal no ha intentado penetrar en la faceta militar del Cid y el espíritu de milicia de sus hechos».

No repite Gárate las acusaciones más o menos veladas de Bienvenido Moreno Quintana, sobre «la perniciosa influencia del ambiente antimilitar en que los estudios de Menéndez Pidal tuvieron lugar» (27). Gárate realiza un cambio de frente «La historia militar sigue ignorando al Cid. La obra de Menéndez Pidal es todo un desafío que espera respuesta militar».

No se reprocha a Menéndez Pidal lo que no estaba en su mano. «El cantar no será nunca historia militar, menos aún, un tratado de táctica o de estrategia» (28). «Ni los padres Pérez de Urbel y Serrano, ni Menéndez Pidal y sus colaboradores han logrado esquema-

---

(26) Madrid, 17 de octubre de 1964.—Sr. D. José M.<sup>o</sup> Gárate.—Mi distinguido amigo: Recibo su introducción a la táctica del Cid en donde veo mucho que estudiar desde el punto de vista de la técnica militar. Espero aprovechar su trabajo en una revisión de mi *España del Cid*. Quizás le hayan dado a Vd. tiradas aparte del artículo en la «Revista de Historia Militar». Me gustaría tener una para guardar en mi colección de cosas del Cid.—Mucho gusto tendré en verle, para ganar tiempo me anticipo a proponerle el miércoles 21, a las cinco y media, aquí en Chamartín. Si no le conviene a Vd. este día, haga el favor de telefonarme para que convengamos otro. Muy cordialmente le felicito por su estudio cidiano y hasta la vista queda muy suyo, *Ramón Menéndez Pidal*.

(27) «Revista de la Oficialidad de Complemento», marzo 1945.

(28) *Espíritu y milicia en la España medieval*, pág. 27.

tizar militarmente las batallas del Conde de las Buenas Mañas», dice Gárate en otro lugar.

Para D. Ramón resultaba grato comprobar que el código de las *Siete Partidas* refleja valores de inspiración cidiana. Para Gárate sería deseable que se hubiera hecho lo propio con los códigos morales de las Academias militares españolas e incluso con las instrucciones para el mando del Ejército de los Estados Unidos (instrucción E. M. 21 de mayo de 1951).

Los estudios de Gárate le llevan a afirmar, antes de que Menéndez Pidal publicara su tesis de los dos autores del Poema, que el poeta pudo ser primero hombre de mesnada y después monje (29); que al autor primitivo pertenecen los episodios bélicos fundamentales; que El Cid fue más un general que un capitán de guerrilleros y que Menéndez Pidal ha ido evolucionando hacia una dedicación creciente al estudio de aspectos militares. Algo parecido —añadimos nosotros— cabe decir de las últimas investigaciones de Sánchez Albornoz (30).

«Sólo en su recapitulación «En torno al Poema del Cid» (1963) manifiesta Menéndez Pidal un gran interés por la técnica guerrera del Campeador; sus precisiones son importantes por lo que tienen de rectificación. Allí examina los aspectos militares del Cantar con mayor hondura que antes, asegurando que para la historia de la guerra, el Mio Cid tiene también un valor del que suelen carecer «les chansons de geste», con ser más militares» (31).

La obra de Gárate permite esperar para el futuro una más intensa integración de la ética del Cid en la pedagogía militar contemporánea. Menéndez Pidal tiene abierto, por su propia virtud, un magisterio moral, que alcanza horizontes no por menos pretendidos, menos fecundos, que los estrictamente universitarios.

---

(29) *Espíritu y Milicia en la España Medieval*, pág. 125.

(30) *El Ejército y la guerra en la España goda y postvisigótica*. Spoleto (1967).

(31) *Espíritu y Milicia en la España Medieval*, pág. 172.